

EL MAR

Por: MILTON PUENTES, I. C.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 108, Volumen XXX
1976*

Como se dijo al principio, el objeto de este librito es el de darle la mano al asediado hombre ciudadano para sacarlo, siquiera brevemente, del infernal vértigo de las ciudades y llevarlo al campo, y mostrarle la sencilla belleza de las montañas, de las llanuras, de las selvas y del mar, para que sienta las eglógicas y virgilianas vivencias de la naturaleza. Y sin ninguna disquisición libresca que pueda opacar la luz pura e ingenua y de absoluto descanso de las campiñas. Sin embargo, como el mar continúa siendo un insondable enigma, en sus orígenes y en sus avisaes profundidades, quizá sea bueno tratar de decir algo además de su descripción enteramente superficial y evanescente.

Todo en la vida tiene su evolución, de nacer, crecer y morir. Así los planetas o los astros, nacen, se desarrollan y mueren. Solo que el proceso de su vida se mide por millones de siglos.

Refiriéndose a las diferentes etapas de esta evolución, dice James Cloud que todo astro nace en forma de una Nebulosa, luego esa Nebulosa se va condensando en Estrella, de luz blanca como Sirio. Más tarde, principia a enfriarse y toma una luz amarillenta como el Sol. Después, en el desarrollo de su vida, toma un color rojizo y escaso, como Alfa, Continuando ese proceso de enfriamiento y condensación, las estrellas terminan por perder su luz propia, no sin antes pasar por un estado intermedio, de escasa luminosidad, como Júpiter.

Cuando el astro ha perdido ya su característica incandescente, su masa gaseosa se vuelve en parte fluido. Luego, en secciones de esta masa fluida se va formando una corteza sólida, envuelta en una atmósfera compuesta por los elementos que aún se conservan en estado gaseoso. Pero con el pasar de los milenios, estos gases se van condensando paulatinamente, se precipitan en forma de aguas hirvientes mineralizados sobre la corteza que les sirve de centro. Con los siglos, esas aguas se van enfriando, van tomando su nivel y así van emergiendo los continentes, y entonces el astro ha entrado en una edad en que es posible que aparezca la vida orgánica. Tal es el estado en que está la Tierra, y en que parece que está Venus.

Esta fase señala la edad adulta del astro, y de ahí en adelante empieza su decadencia. Marte está, precisamente, en esta decadencia, es decir, se inicia su vejez.

Y, cosa curiosa, la vejez de un astro es como la vejez del hombre. Así como en el hombre su vejez le trae la arterioesclerosis, o sea el endurecimiento o secamiento de sus venas, en el astro principia también un proceso de secamiento, el agua se va acabando, la atmósfera de ese astro envejecido

va perdiendo vapor acuoso, sus mares se van acabando, que es lo que en la actualidad sucede a Marte, mientras que en la Tierra todavía los Océanos ocupan las tres cuartas partes de su superficie.

Y, por último, ya viene en el astro su estado senil, su resecamiento es completo, le aparecen grietas, volcanes, o cráteres, su superficie se torna esponjosa, como en el caso de la Luna. Y con el paso de los siglos, viene su decrepitud, se convierte en fragmentos informes llamados asteroides, yesos trozos del astro muerto lentamente van siendo cogidos por las atracciones de otros astros, como los meteoritos que caen sobre la Tierra.

Necesariamente la Tierra ha tenido que haber pasado por todo este proceso de la vida de un astro, es decir, primero masa gaseosa, luego una estrella, una materia fundida que fue cubriéndose de una corteza, cuyas partes más bajas se fueron llenando de aguas hirvientes, o sean los mares actuales; y la otra parte fue sobresaliendo, hinchada por el fuego interno, y vino a formar los actuales continentes.

La Tierra era en ese tiempo o en esa edad, una roca desolada y humeante, los mares eran de aguas hirvientes, que ocasionaban tempestades horribles y constantes lluvias de indescriptible violencia. Digamos que en ese entonces la Tierra contaba ya con una edad de unos cinco mil millones de años.

De ese tiempo para acá principia a iniciarse la vida en sus primeras manifestaciones. No se sabe cómo principió la vida en la Tierra. Los biólogos admiten que la vida principió en el lodo y en las arenas de las playas.

Los geólogos han encontrado en las rocas el archivo de las edades, que la dividen así: Período Azoico, de unos 400 millones de años y sin señales de vida alguna. Período Proterozoico de unos 300 millones de años, sin rastros visibles de estructura viviente, edad de los animalculos, medusas, y espuma verde. Período Paleozoico Primitivo, de unos 200 millones de años, edad de los escorpiones de mar y de los trilobites. Período Paleozoico Secundario, de unos 150 millones de años, edad de los peces, de los anfibios y de las selvas cenagosas. Período Mesozoico de unos 100 millones de años, edad de los reptiles. Y Período Cainozoico, de unos 30 millones de años, edad de los mamíferos, de las hierbas y de los bosques terrestres.

No han podido los especialistas en estudios de estas graves materias geogénicas ponerse de acuerdo en cuanto al tiempo en que apareció el hombre sobre la Tierra ni en cuanto a la forma como apareció. Los fragmentos de cráneos de antropoides descubiertos, como el del Hombre de Pekín, el de Java y recientemente el de China, tienen una antigüedad que oscila entre los 500.000 y los 700.000 años.

Y en cuanto al origen divino o animal del hombre, el Cristianismo, por ejemplo, enseña en sus dogmas el monogenismo, o sea el origen del hombre en Adán y Eva, o Deucalión y Pirra, hace unos 6.000 años, pero la ciencia paleontológica, geológica, etnológica, antropológica y biológica, asegura que el hombre tuvo su origen en las primeras unidades del protoplasma, es decir, en el primer animal gelatinoso que tuvo movimiento. Y que de esas primeras raíces biológicas se extendió por la Tierra toda la vida animal, desde la más rudimentaria, hasta terminar hoy en el hombre de la edad del átomo.

En 1962, el profesor inglés, Turville, expuso en Bristol esta interesante teoría sobre el origen de los mares:

"Desde hace millones de años las partículas de hidrógeno proyectadas por el Sol, se transforman en agua al combinarse con el oxígeno en las proximidades de la Tierra".

Según Turville, de esta manera se formaron los mares y se mantienen todavía. De' acuerdo con sus cálculos, en cada segundo el Sol envía a la Tierra alrededor de un millón y medio de toneladas de iones de hidrógeno, que llegan empujadas de las soledades zodiacales por los vientos solares, y se convierten en agua.

Esta teoría novísima no contradice la liminar y profunda teoría de la formación del universo expuesta al principio.

Pudiera pensarse que de acuerdo con la vida evolutiva de los astros, la Tierra se enfriara a cada momento, lo que es posible pero en una forma insensible para las generaciones. Además, la Tierra tiene una vida interior de elementos radioactivos, que le producen constante y equilibrado calor.

De todas maneras, el mar es nuestro padre. De él nacieron todos los seres vivientes, quizá hace unos 1.000 o 2.000 millones de años.

El es un mundano y sibarita anciano, que viaja por todos los continentes, que gusta de cambiarse a cada momento sus multicolores vestidos y que entrega las barbas blancas de -sus espumas para que el inquieto viento juegue con ellas, como los niños con las cometas o con las pompitas de jabón.

El mar es el espectáculo más grandioso que el hombre puede contemplar. Es la Divinidad convertida en cristales líquidos y es el dolor del hombre hecho planicie de lágrimas.

----- « » -----

Los mares del mundo cubren. un área de 361 millones de kilómetros cuadrados, o sean las dos terceras partes de la superficie total del globo.

El volumen de sus aguas es de 1.370 millones de kilómetros cúbicos. Su parte más honda, Según recientes sondeos, es de 11.521 metros, en la fosa abisal de las Marianas. Su profundidad media se ha calculado en 3. 800 metros.

Para apreciar su inmensa profundidad, téngase presente que el pico más alto de la Tierra, el Everest, tiene tan solo 8.840 metros de altitud.

En el lecho del mar se alzan también largas cadenas de montañas, que están sumergidas por las aguas. Una de las más importantes de estas cordilleras marinas es la del Atlántico, de 16.000 kilómetros de longitud, que se inicia cerca de Islandia y corre entre los continentes hacia el Sur. En algunas partes de océano, esta cadena eleva sus cúspides más altas por encima de las aguas. Una de estas cumbres es el pico de las Azores, que tiene en total 8.230 metros, de los cuales sobresalen de 2.000 a 2.400 metros de la superficie de las aguas. Algunos oceanógrafos piensan que sea esta cordillera sumergida la Atlántida, desaparecida según seculares tradiciones, unos 10.000 años antes de Cristo. Sin embargo, otros aseguran que la Atlántida era la superficie que hoy ocupa el Mediterráneo.

También conjetura Veryard que, 4.000 años antes de Cristo, la Tierra tuvo un acaloramamiento y que los hielos al derretirse, se precipitaron sobre el mar y las aguas rompieron el Peñón de Gibraltar e

inundaron los valles que hoy ocupa el Mediterráneo, valles que fueron el centro de las más remotas civilizaciones, y que a esa catástrofe se le llamó el Diluvio Universal.

Algo mucho más grave -y es posible-, sucedería hoy, si por cualquier inclinación de la Tierra o por un acaloramamiento, los 30 millones de kilómetros cúbicos del hielo de la Antártida se derritieran, porque esos deshielos harían subir uno 60 metros la superficie de los mares, lo que ocasionaría un cataclismo inenarrable.

El mar tiene una vida dinámica y de agitación sin descanso, como sus corrientes, sus mareas y su oleaje.

Las corrientes marinas constantes son el fenómeno más extraordinario de esta vida del océano, como la Corriente del Golfo, que es un verdadero río marino, de 150 kilómetros de anchura y casi 2 kilómetros de profundidad.

Las mareas son las reacciones de las aguas del océano a la atracción del Sol y de la Luna. En los primeros días de, la Tierra esas mareas alcanzaron su mayor amplitud, pero como en el transcurso de millones de años la Luna ha ido alejándose de la Tierra, la intensidad de las mareas ha ido disminuyendo.

Desde los primeros días de la creación, las aguas de los mares se han agitado al paso de los vientos. En alta mar, el oleaje así producido toma formas curiosas y cuando es muy fuerte forma olas que llegan hasta los 30 metros de altura. Las olas se persiguen, se sobrepasan y se engullen unas a otras. Cada grupo difiere de los demás en origen, velocidad y dirección. Mientras unas olas están condenadas a no alcanzar jamás la orilla, el destino de otras es el de recorrer medio océano antes de deshacerse en gorgueras de espuma, sobre una remota playa o contra un acantilado.

Es interesante observar que el agua que compone una ola no avanza con ella a través del mar, sino que al enrollarse la ola deja el agua que llevaba y arrastra la que encuentra por delante.

En los grandes maremotos las furiosas olas, llamadas ondas sísmicas, han alcanzado la inverosímil velocidad de 750 kilómetros por hora y alturas hasta de 90 metros.

Hay olas que obran como catapultas. Rompen los acantilados y arrojan a grandes distancias los pedazos de las rocas. La presión de las olas llega en ocasiones hasta 29.000 kilos por metro cuadrado y han llegado a arrastrar moles de hormigón de 2.600 toneladas.

----- <> -----

Los océanos son una caja de ahorros de la energía solar, porque ellos reciben el calor y lo irradian y lo regulan por todos los sitios de la tierra.

Cerca de 10.000 toneladas de polvo cósmico o meteórico absorbe cada 24 horas la tierra, y son los mares los encargados de moderar y regularizar los fenómenos meteorológicos, geofísicos y de dinámica geológica que ese polvo, con su calor de fricción en la atmósfera, produce sobre la Tierra.

Esta teoría del polvo meteórico se confirmó en 1958, cuando la Unión Soviética lanzó el Sputnik III, el que registro, al rozar con este polvo en su ascensión vertiginosa, una densidad meteorítica incalculable. Y desde 1960 los Estados Unidos han venido registrando en la alta atmósfera del

Océano Indico este polvo meteorítico, que ocasiona una enorme precipitación de lluvias en la región de Australia.

Casi una tercera parte de la energía que recibimos del Sol se emplea en evaporar agua del mar, evaporación que asciende diariamente a un equivalente de dos billones y medio de metros cúbicos, que vuelven a caer a la Tierra en las lluvias.

A pesar de la impresión de estabilidad eterna, los mares son inestables y cambian de sitio con los siglos. En todas las regiones de la Tierra se encuentran vestigios de que allí estuvo el mar. En el Himalaya, a 6.000 metros de altitud, hay afloraciones de calizas marinas. Recientemente, en la región de Quipile, en los Andes colombianos, se encontraron fósiles de animales marinos.

Y en los profundos suelos de la Antártida se han encontrado vestigios de lejana vida. Y primitivas leyendas nos cuentan que en Groenlandia floreció una civilización, sobre una tierra pródiga, tibia y fecunda.

Existen extensiones marinas abiertas y casi sin una sola isla, hasta de 80 millones de kilómetros cuadrados. Compárese esta extensión tan solo de 38 millones de kilómetros cuadrados que en total tienen la América del Norte, la del Centro y la del Sur.

A excepción del Mar Caspio, se puede decir que no hay sino un solo mar, porque todos los océanos están unidos hasta ambos polos de la tierra. Es una sola comunidad de agua que, como el agitado corazón del hombre, nunca está quieta, siempre está palpitante, procelosa y jadeante, como si sintiera la necesidad de moverse para no confundir su parálisis con la muerte.

El océano es hoy despensa del mundo y sus grandes riquezas y minerales son cada vez más conocidas en sus fantásticas proporciones.

Con sus riquezas puede el mar compensar la escasez de materias primas, que hoy amenaza a la economía mundial. Una milla cúbica de agua marina contiene 42 millones de dólares en oro, 29 millones de plata, 33 millones de cloruro de sodio o sal común, 18 millones de sulfato de soda, 2 millones de cloruro de calcio, 4 millones de cloruro de potasio, 33 millones de magnesio, 55 millones de aluminio, 99 millones de estroncio y 17 millones de dólares en hierro. Una riqueza que no existe en ningún lugar de la Tierra, a excepción de los sitios en donde la concentración de materias inorgánicas forman las minas.

No es atrevido afirmar que en fecha no lejana la economía mundial estará inspirada en las riquezas que contienen los mares. Ya se están extrayendo del fondo del mar torrentes de petróleo, de gas y de azufre.

En la actualidad, en el mar Atlántico colombiano, se efectúan explosiones subacuáticas en exploraciones sísmográficas petrolíferas, que ojalá no ocasionen graves males a la fauna piscícola en ese sector marino suramericano.

Hay tanta cantidad de sales en los mares, que si se secan y se cubriera con ellas toda la actual superficie de la Tierra, todos los continentes quedarían bajo una capa salina de 170 metros de espesor.

El valor alimenticio que en la actualidad se extrae del mar, vale más que todas las cosechas de la tierra.

La potencial producción de materia vegetal que hay en el mar, iguala a la de todas las tierras de labor, las praderas y los bosques, y la abundancia de especies animales sobrepasa a la de la fauna terrestre.

De las investigaciones oceanográficas está naciendo una nueva ciencia: la Acuicultura, que enseñará al hombre a cultivar y aprovechar los recursos del océano, tal como los agricultores y los silvicultores cultivan la tierra.

En la actualidad los oceanógrafos estudian la manera de abonar una delgada capa de menudísimas plantas unicelulares y de animalillos, que hay en el mar, que en conjunto se llaman plancton, que sirven de alimento a los grandes cetáceos y a los pequeños peces, los que a su vez alimentan a los de mayor tamaño. Esta posible proliferación del plancton, cultivada en grande escala por la ciencia humana, aumentará la producción de la población de peces, hasta llegar a una "máxima producción sostenida", de especies escogidas.

Y si el mar nos entrega la carne de sus peces, los minerales de su seno; también nos va a entregar sus aguas desalinizadas, para el alimento del hombre, de las bestias y de las plantas.

Es este uno de los adelantos más sensacionales del presente siglo. Consiste en una electromembrana, que es una hoja de pergamino cargada de electricidad, que deja pasar el agua pero que retiene las sales que están disueltas en su líquido. Se pueden así extraer del agua las sales, el yodo, y todos los minerales diluídos y flotantes.

Rusia instala ya una gigantesca planta para desalinizar las aguas del mar Caspio, en Shevchenko. La producción será de 25 millones de galones de aguas potables por día, por el reactor atómico BR-250, el más grande del mundo. Los Estados Unidos también se proponen hacer lo mismo para suministrar agua dulce a Israel, Egipto, Kuwait, los desiertos de Mejico y Africa del Norte.

----- « » -----

Dos ventanas de 2.900 kilómetros tiene Colombia sobre los horizontes embravecidos de sus dos océanos, cercados de grandes ciudades, de dehesas y de vírgenes selvas.

Huracanes con yodo y sal purifican nuestro litoral y su brutal empuje siembra de tempestades los siderales espacios. Una atmósfera de borrascas creó una sicología nacional de bravías aristas y de fácil heroísmo. Es lo salvaje obrando sobre el fino espíritu, son los elementos elaborando el alma de un pueblo. Es el mar padre señalando la geofísica y haciendo la Historia.

Maragall dijo: "Yendo los hombres al mar, se hermanan; nunca viviendo de él, serán esclavos". Es la influencia marina sobre la maraña síquica, es el polvo me teórico galvanizando el destino de las naciones.

Los grandes ojos color sinople del mar se parecen a los ojos verdes de los jaguares de nuestras selvas y a las gemas esmeraldinas de nuestras montañas. Es la trilogía afín de lo grandioso, de la fiereza rampante y de la opulenta riqueza.

Reacciones de rayos en cadena se tejen desde nuestro Ande con los rayos de las planicies oceánicas. Dijérase que es el ángel de las tempestades haciendo mallas para cazar galaxias. Es el abrazo de las montañas y las landas con la tersa superficie de las aguas. Es el beso nupcial de los elementos, es la ley del amor rigiendo el esquivo cosmos.

Alegorías de grandeza, signos pujantes de fuerza simbólica, primigenia fraternidad telúrica, armonizan en axiológica ecuación la extraordinaria vida salvaje de Colombia, en la belleza de sus puras y geórgicas maravillas.

Muchos han hablado de nuestra gran cultura, de nuestros triunfos morales, de la principalía ateniense de nuestra Capital, del gran desarrollo pragmático. Pero de las ocultas bellezas naturales de Colombia, de su agreste aroma, que son iguales a las de los otros países suramericanos, muy pocos han hablado, porque muy pocos poseen la capacidad estética para amarlas con encendida y pasional dedicación. Y en su fuerza salvaje, indomeñable, inexpugnable y de primitiva reciedumbre, está su orgullo vital, están los lineamientos eternos de su colosal perfil, de su airosa estampa fisiográfica.

Esa es la belleza seductora y mágica de Colombia. Sus nevados colosales, que hospedan en sus roquedales a las águilas azules del mar. Sus intérminas Y míticas llanuras, que calientan en ocasiones los cóndores del Ande. Y los océanos, que custodian con sus tiburones sus cultas o salvajes playas, metas de náuticos caminos. Todo eso es la heráldica rampante de una nación subdesarrollada en su economía, pero plena en la vitalidad básica de sus fuerzas y de sus reservas primordiales.

Ese divino consorcio de la excelsa cultura con sus salvajes encantos primitivos, conjugan la hermosa belleza de un país moderno y heroico, atrevido en sus grandes empresas y pujante en su voluntad triunfadora.

----- « » -----

Pero ahora sí no hablemos más de la materialidad del mar. Hablemos de su espíritu, de su aliento poético, de su hermosura aplastante, de su voz eterna, de su magia de maravillas, de sus sugenecias sublimes, de sus terrores medrosos, de sus misterios profundos, de las tonalidades augitas de sus angustiadas y rizosas aguas y de su majestad imponente, que humedece los ojos conmocionados y absortos, y que toca a somatén para que todas las fibras del cuerpo y del alma vibren ante su inmensidad y ante su grandeza, que de día toca con los dombos lejanos del cielo, y de noche se confunde con la constelaciones.

El alelado y minúsculo ser humano se encuentra con la magnificencia del paisaje marino, que se presenta deslumbrante ante sus ojos como dos piedras preciosas superpuestas: La verde esmeralda del mar y la azul amatista del cielo. Y entre ambas, el diamante del Sol, fundiendo en el horno de sus ascuas la planicie esmeraldina de las aguas y la copa turquesa del firmamento.

Frente al mar la imaginación humana se torna elástica como la pasión del viento o la inquietud del agua. Y la fantasía se vuelve una bandada de gaviotas, que alza el vuelo mar adentro para beberse el infinito de los azules ensueños.

El hombre no conoce la grandeza de la creación mientras no conozca el mar. Por eso el campesino de los páramos es triste y por eso no es religioso sino fanático, y por eso no es generoso sino cruel. Si ese campesino mediterráneo conociera el mar y viviera cerca, su mirada zahorí y lenta se volvería visisencial y luminosa y su alma de arrugado pergamino se soltaría por las planicies palpitantes, resucitada al oír el secreto de las espumas y la risa cristalina de las ondinias.

De un diálogo mudo entre el hombre del interior y el mar, nacería el Mesías redentor de las razas vencidas y sojuzgadas. Y de la melancolía de una estirpe dormida entre las nieblas de la puna, estallaría el clamor jubiloso de una redención.

El mar debiera ser la Universidad de la Bondad, obligatoria para que el habitante mediterráneo vaya a sus aurificadas aulas de generosas alegrías, a ablandar las aristas de su espíritu, arisco, berroqueño y basáltico como el Ande.

Abuelo de la vida y señor de los continentes, el mar con sus múltiples brazos enlaza todos los sitios del planeta y establece con ellos la comunión de la fraternidad universal.

El génesis refiere que en el principio de la creación el espíritu de Dios flameaba sobre las aguas. Quizá sea allí donde todavía demore su presencia, porque en el mar, a pesar de su carga de historia y de muerte, no predominan las leyes de la desigualdad, ni la moderna y pálida dictadura del hambre. Donde Dios está no puede haber hambre, ni dura mano que oprima las flácidas carnes de los débiles.

Avaro padre de la vida, el mar nos impone sus implacables leyes niveladoras. En los aluviones de la erosión, el mar se va robando los continentes. A sus cavernas sumergidas, a sus sepulcros de cristal glauco, van todas las reservas de la tierra, hata el negro humus de los remotos páramos, que son los antípodas de los sombríos lechos marinos. Del mar venimos y hacia él volverán nuestros huesos, arrastrados por la lluvia o llevados desmenuzados en las sutiles alas del viento.

El agua es la inocencia inefable de la naturaleza, es la diamantinidad del mundo, es la poesía del universo. El agua es hecha de espíritu y de armonía y está signada por el rictus de la tristeza. Toda belleza conlleva la tristeza. Por eso de agua son las lágrimas y de agua San las cascadas que deslíen sus ternuras en las montañas.

Y como el agua con su halo cautivante es femenina, es bella, es tornadiza, es voluble y es inestable y frágil como la ilusión. Y es cambiante y veleidosa como las volanderas figuras de las nubes. De ahí que el mar es proteico en cada segundo de su atormentado vivir.

----- « » -----

Acerquémonos bien hoy a sus playas, observémoslo con dulce placidez, dialoguemos largamente con él, melifiquemos sus labios de sal, y oigamos el llanto salvaje de su trueno y los grandes sollozos de sus olas al tenderse moribundas sobre las arenas.

Miremos entonces como la camisa del cielo amaneció pintada con los coloretes de la aurora, y como el mar se ha tornado celoso y ruge como una mitológica fiera enamorada.

En su lucimiento, el Sol, como un inmenso pavo real, abre su cola de flámulas y soberbio e imperial sumerge sus plumas en el mar removido en pasión jadeante.

No hay que pensar que el mar es únicamente una inmensa felpa de inertes aguas verdes, sin alma, sin corazón, sin vida y sin las sutiles correlaciones espirituales que enhebran delicadamente las grandes y las diminutas cosas del universo. El mar, como el hombre, sueña y echa a volar sus sueños por la diafamididad color índigo del firmamento. Solo que los sueños del mar no tienen las tribulaciones de la ambición del oro, de la gula del poder, de la palidez de la envidia, de la crueldad de la rapacidad, de la concupiscencia de la lujuria, de la pequeñez del rencor, del infierno de la angustia, de las pesadillas del hambre, de las llagas de la ingratitud, sino que los sueños del mar

los forman los copos transparentes y aligeros de las nubes, que nacen de su prolífica entraña y caen nuevamente a su regazo ecuóreo en las alas blandas y tiernas de la lluvia.

Parece que todas las relaciones del universo están regidas por la inflexible é ineludible ley del amor. La misma fuerza de atracción de los astros entre sí para sostenerse en el vacío, la establece la gravitación del amor. Si, según Freud, el cerebro del hombre es un apéndice de sus órganos pudendos, también en la vida del cosmos el vendaval del amor lo es todo: la luz, el calor, la vida que palpita y se agita en la lejana estrella parpadeante y en las aguas de este mar, que vienen en tropel de risas y de confidentes suspiros de salaz pasión, a acostarse sensuales sobre las arenas incitantes de la playa.

Este mar verdeazulino de la mañana, parece un inmenso y colosal estadio, para olímpicas competiciones interestelares, jugadas por halados e invictos arcángeles.

El mar en su variabilidad tiene diferentes tonos y matices. El mar que está más cerca de nosotros, el que viene en constantes e intermitentes olas espumecentes a rugir sobre la playa, tiene unas aguas enturbiadas de diminutas arenas. Las olas que vienen en saltante tropel, se envuelven curiosamente sobre sí mismas, y corren con sus crestas de espúmeo algodón a morir sobre la playa en un bronco suspiro.

Más a lo lejos, las aguas del mar tienen un color verde seco, veronés, casi malva. Después, más hacia allá, se visten de amatista profunda. Y las últimas, las más lejanas, las que se tocan con el plafón del cielo que cae en la línea del horizonte, alomado por las olas, esas aguas se ven inmóviles por la lejanía y ostentan un color safir que se difumina en la inmensidad con el índigo pálido y tiempo del cielo.

El mar encubre muchos secretos, posee una tremenda dinámica, tiene vida, es misterioso desde su tenebroso lecho hasta su azogada superficie. En ocasiones se adormila dulcísimo por segundos, pero luego se encabrita como potro salvaje y levanta hacia el cielo las crines de sus espumas empavesadas.

Contemplar el mar en su perenne fulgencia, es como contemplar el cielo tachonado de constelaciones. Es como si el cielo se hubiera aposentado sobre la Tierra. Tiene el mar la misma grandeza feérica, se experimenta ante él la misma sensación de infinito: el del cielo es el infinito de las luminarias encendidas, y el del mar es el infinito horizontal de las aguas y de las espumas.

Parece que el mal fuera una inmensa lágrima del universo, que el eterno dolor de todas las cosas hubiera hecho rodar por la mejilla de los siglos. Hay momentos en que el mar se queda quieto, trémulo, como si contuviera su estentórea respiración para encontrar un imposible descanso a su drama de eterno y alienado desasosiego; Ahora se ve el mar como una llanura salvaje poblada de venados blancos, escorzando sobre los vernaes pajonales espigados de armiño.

El agua es una niña juguetona y locuela. Las níveas espumas son cintas blancas que se anuda en la cabeza. Y las olas son las faldas que levanta el viento indiscreto.

Cuando el mar está cubierto con los lirios de sus espumas, parece como si las sirenas, las ondinas y las oceánides extendieran sus enaguas blancas para secarlas bajo los oriflomas del sol.

El mar es la hacienda de los pobres. En él encuentran leña para el hogar, carne para su mesa, y perlas, corales, madréporas y alegrías y emociones. Y no conlleva sórdidos intereses, porque no es necesario pelear linderos, ni entenderse con los alcabaleros.

Hay un topográfico parecido entre las ecuóreas y undívagas sabanas marinas y nuestras infinitas llanuras: ¿Es el mar la llanura, que un día de tanto llorar se convirtió en saladas lágrimas? ¿ O la llanura es el viejo mar, paralizado de siglos, que un día transmigracionó en la pradera niña. con pestañas de guaduales y palmeras, con cantos de arrendajos y con poéticas leyendas de amores con la Libertad y con la Historia?

A lo lejos van volando juntas dos gaviotas blancas. Arriba está sin una nube la comba celeste. Y los puntos albos de las dos gaviotas solitarias, hacen pensar en las almas de dos seres que murieron de amor.

El hombre al ver el mar siente la necesidad de suspirar. Ese suspiro es la trémula oración muda ante la primordialidad grandiosa del universo.

La voz dura y armoniosa del viento le dice a las aguas palabras del corazón, Y ellas, al reírse sonoras, muestran los blanquísimos dientes de sus castas espumas.

Hay días en los que el viento se hace tan impertinente, que el mar termina por encolerizarse, y, entonces, sus aguas se envuelven en olas que, como ebrios enfurecidos, se empujan iracundas unas contra otras, se mesan sus luengas cabelleras blancas, y truenan y resoplan de ira hasta que, de tanto debatirse, por fin se apaciguan y se duermen como gigantes exangües y vencidos.

El mar es un político de camaleonescos colores. Sus ambiciones de dominio llegan hasta impresentidas playas, el grito de sus olas es la farándula de su demagogia. y sus tiburones son los sectarios odios, a los que hay que alimentar hasta con las dolientes carnes del hombre.

En las orillas del mar se oye a todas horas un misterioso trueno lejano, que va rodando imponente sobre las olas. ¿No será este trueno profundo una advertencia colérica del dios de las tormentas para que el hombre no viole los dominios de sus soledades?

¿Es un rugido lo que se oye del mar? ¿O es un sollozo? ¿O es un sibilino grito despedazado en ecos? Nadie lo sabe, porque es el sordo lenguaje del cosmos en su arrobante oración al Dios del universo que camina sobre las aguas.

Amemos esa oración del mar, porque ella no es de palabras. Es de indescifrable éxtasis, de bucólica poesía, como el silencio pensativo de las montañas, como la senescencia plateada de los nevados, como el pestañeo de los luceros, como la placidez triste de los lagos, como la ternura muda de las bestias, como el seco gemido de los desiertos, como el hondo suspiro de las selvas, como el eco ensordecedor del trueno y como el tímido y casto secreto de las flores.

El mar se parece al hombre y a los jaguares: Serenos, su rostro es terso y apacible. Y coléricos, sus frentes se arrugan en olas y músculos, abruptados por los huracanes o por el soplo de la sangre.

Si los jardines no son bellos por las flores sino por los años, el mar es sublime no por sus aguas sino por las azucenas de sus canas. Y si los jardines tienen los colibríes que se extasían chupando los cálices de pétalos, el mar tiene también quien bese los labios de sus saladas dulzuras, y son los pesados alcatraces, que en la gracia volátil de sus piruetas son los grandes vagabundos de las inmensidades y los galanes de las olas.

El mar bonancible y sereno es una pradera sembrada de jazmines. Airado, es un alocado cabeceo de montañas, tambaleantes por un terremoto cataclísmico.

Hay playas a las que llegan las olas y les tienden un abrazo de susurrante afecto, pero hay otras contra las cuales se botan las olas acezantes, turbulentas e iracundas como bestias embravecidas, arrojando espumarajos por las fauces.

El mar tiene una sinfonía telúrica que cada día se admira más. Son las eólicas flautas del viento, las asordinadas guitarras de sus espumas y el brusco estampido de sus olas, más sublimes cuanto más borrascosas.

¿La Luna y el mar no se amarán en el silencio de la noche? ¿En la soledad color canela de los plenilunios, no se abrazarán suspirantes y sus bocas sedientas de la salacidad de un beso, no se buscarán para estallar en el espasmo voluptuoso, de urente y acre sabor de volcán?

A medida que el día va llegando al cegador meridiano de las 12, la parte verde del mar va tomando un color de amarillento potrero, y las pequeñas olas con crestas de alabastro que se ven a la distancia, parecen rebaños echados sobre la yerba.

Así, con leves cambios de matices y en blanda diafanidad, está el mar de verano, a medida que el occiduo Sol va buscando las sombras para dormirse en el maternal seno de la noche.

En momentos en que el Sol se esconde tras una nube de ámbar que vela sus resplandores, el mar toma un esmalte plúmbeo o de platino y se empalidece como el rostro asfíxico de los agonizantes.

Pero si el Sol campea radioso como un tirso de oro y va cayendo envuelto en sus sayales de ustión y de grana, el mar, como una ensoñada princesa rubia, se adormila yacente entre sus mantas de encendido y crespo rubí.

Después el mar se viste de carbón y a medida que el rumoroso silencio de la noche va aposentándose sobre la inmensidad, el prolongado bramido de las olas se hace más intenso y se eleva por los espacios como un confuso mensaje a las constelaciones.

No hay nada que inspire tan impresionante terror, tan profunda medrosidad, como el mar en las noches de oscuridad impenetrable. Se oyen sus angustiosos estertores de cíclope herido, se escuchan sus cóleras cósmicas, y se piensa que de sus cavernas insondables salgan a las playas sombrías, la extraña fauna de sus serpientes marinas, de sus ballenas matadoras, de sus pulpos gigantes, de sus peces deformes, y del ilimitado número de monstruos que viven ignorados en sus abisales y ensombrecidos dominios.

En las densas oscuridades nocturnales, parece que la noche se recuesta y se duerme sobre la inquieta felpa del mar, en busca del abrigo entre los plumones de sus espumas y en busca de los besos ensalados de su boca, encelada de yodadas pasiones.

Pero en las noches en que la Luna es un inmenso jacinto, el mar se unta todo de oro, y sobre el estuche coruscante y rayado de encajes de su superficie, el cielo pone en exhibición el argentado museo de sus celestes joyas.

Ya hemos contemplado embelesados el mar todo el día y hemos pensado muchas cosas sobre su vida atormentada. En esta noche espesa y sin Luna, retirémonos definitivamente de sus playas. Dejémoslo solo, revolcándose desesperado, porque no tiene alas como los alcatraces y los albatros. Dejémoslo solo, fraguando sus venganzas, que cualquier día realizará, cuando a la Tierra se le ocurra imprevistamente cambiar la inclinación de sus polos, y entonces las aguas invadirán restallantes las montañas y sepultarán las cordilleras, como en el transcurso de los milenios ya lo han hecho muchas veces.

Ya lejos de las playas marinas, observemos atónitos esta visión deslumbradora :

Del cielo, color triste de topacio, se ha caído una estrella sobre el mar y ha quedado destrozada sobre las aguas, flotando en mil pedazos de fascinantes colores iluminados.

Esta visión es Cartagena, Jerusalén de América, contemplada en la noche profunda, desde el mudo y pensativo Cerro de la Popa.

